

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

6 números cada quince días:	Ptas. 0,50	al mes.
12	1,00	>>
30	2,50	>>
60	5,00	>>
100	8,00	>>

PAGO ADELANTADO

"Este precepto os doy: *Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.*"

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cabañal, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los en-
cargos y correspondencia.

El 29 del pasado Febrero, a las cuatro de la tarde, pronunció una notabilísima conferencia en el gran salón de actos del Colegio de la Inmaculada, en esta villa, el R. P. Claudio García Herrero, rector de dicho importante Centro de enseñanza. Versó acerca de «la infancia delinuyente y los tribunales para niños».

Dada la significación y competencia en materias penales de tan distinguido profesor, su discurso fué completísimo y de excelente doctrina moral y jurídica.

Como recuerdo agradable de la profundísima impresión que en nuestros corazones el conferenciante acertó a grabar con su elocuencia y datos estadísticos acerca de los pobres niños abandonados y castigados en forma impropia en vez de repararles escuelas de corrección, reformatorios, etc., etc., vamos hoy a insertar aquí el hermosísimo artículo del incomparable Arcipreste de Huelva, condolido también de esa infancia abandonada, pecado horrible que la sociedad habrá de pagar con lágrimas de sangre.

Los niños desgraciados

Hay dos clases de niños desgraciados.

1.ª Los niños pobres.

2.ª Los pobres niños.

El espectáculo de la miseria siempre es triste; el escualido cesante, la mujer por-diosera, el viejecito que se arrastra, mejor que anda, de puerta en puerta, todo eso es muy triste.

Pero es mucho más, cuando ese cuadro tiene por protagonista a un niño. ¡Es tan delicada la niñez!

Hay muchos niños pobres.—Son tantos, que pueden clasificarse en tres categorías: 1.ª la de los niños colilleros; 2.ª la de los niños vendedores, y 3.ª la de los niños obreros.

El niño obrero.—¿Cómo vive? Vedlo, muy temprano, cuando vosotros, los que tenéis buena cama, aún reposáis, ya va el niño obrero camino de su taller o de su fábrica.

En el último rincón de los bolsillos de su pantalón o de su chaquetilla va buscando un poco de calor para sus ateridas manos; antes de entrar en el taller, detiénese ante el puesto de los calentitos; majestuosamente saca la perra chica que su madre le ha podido ahorrar del jornal del día anterior; ¡va a tomar el desayuno! una taza de café de ¡a cinco céntimos!

A bien que el almuerzo será fuerte; un bollo de pan y una perra de aceitunas o un soldao de Pavia, y por postre la punta de un cigarro que dejó olvidada el oficial y... hasta la noche.

Vedlo después tirando de un carrillo de manos o envuelto en la atmósfera infecta del taller, cargando con pesos superiores a sus fuerzas. Y cuando vuelva a su casa encontrará una luz de aceite, muy triste, iluminando una mesa pobre con un solo plato en el centro, en el cual fijan sus miradas y sus cucharas cuatro hermanos, como él hambrientos, y un padre cansado y una madre que hace que come para que los demás coman más.

¿Que es exagerado el cuadro? es verdad, que yo conozco muchos de estos niños obreros que pasan todo el día con una taza de mal café y unos cuantos mendrugos en el migados.

¡Qué pobres ¿verdad? son esos niños!

El niño vendedor.—Este ya pasa la vida más alegre; es verdad que come peor que el otro; pero en cambio goza de más independencia, ¡y la independencia es tan grata!... Su trabajo no tiene hora fija, ni lugar fijo; lleva siempre las herramientas consigo; mientras haya en el mundo un papel que vender y una lengua expedita para pregonar, no se quedará él sin comer.

Y luego goza de otra ventaja: el niño vendedor tiene muy buenas relaciones y es muy ilustrado. Trata con familiaridad y a él lo tratan, todos los señoritos del casino, conoce con todos sus detalles y pormenores el crimen del día, el escándalo del día, a los toreros más afamados, a los actores más célebres, a los picadores más afortunados, a los políticos más diestros... a las mujeres más distinguidas... ¡son muchas las relaciones y los conocimientos que estos niños tienen! ¡claro, como que son los conductores o heraldos de la ilustración que por una perra chica dan los periódicos!

La indumentaria es muy variada; lo mismo los vereis descalzados de pie y pierna, que con unos encharolados zapatos, con averías, regalo de uno de sus parroquianos; es muy frecuente verlos con la chistera pasada de moda y arrojada a la basura y unos pantalones con franja, de algún héroe de la patria, retirado... Diríase que su cabeza, sus hombros y su cuerpo sirven de percha en donde se cuelga todo lo que no va a servir más.

¡Sí; son muy independientes, muy ilustrados, muy elegantes los niños vendedores, pero, ¿verdad que soy muy pobres?

El niño colillero.—No hay tipo más conocido, ni más desconocido.

Me explicaré.

Es conocido, porque en todas partes y a todas horas se le ve; sus rasgos no le dejan confundirse con otro alguno: la latilla enhiesta, los pernils del pantalón doblados, sin duda para que se vean me-

por sus tiznados pies descalzos, los tufos a la cara, la colilla pendiente de solución detrás de la oreja, la voz ronca y la saliva por el colmillo.

¿Lo conocéis?

¡Un colillero!

Y es desconocido, porque fuera del tipo todo en él es desconocido.

Lo que come, en dónde vive, su familia, sus rentas, su nacimiento, su nombre, su patria... todo.

—Niño—preguntaba yo el otro día a uno de ellos—¿quién es tu padre?

—Mi padre ahora es uno que se llama el tío Cañete.

—¿Ahora? ¡Cómo! ¿Tú tenías antes otro padre?

—Sí, señor... (la explicación es la ahorro por cruda.)

De modo que es lo que yo digo: ¡vaya usted a averiguar quién es un colillero!

Lectores amigos, aunque os vaya presentando estos tipos de niños pobres casi en broma, ¡no es verdad que en el fondo hay algo serio, muy serio, que no produce risa, sino llanto?

¿Qué! ¿Conocéis en este valle de lágrimas, que se llama mundo, algo más triste que el niño obrero, vendedor o colillero.

Pues sí, hay algo más triste que los niños pobres, y son

Los pobres niños.—No se trata de un juego de frases.

No, desgraciadamente hablo de una muy seria realidad.

Hay una clase de niños más desgraciados que esos niños sin pan, sin ropa, sin hogar y hasta sin padres; son los niños sin Dios.

Es decir, los niños laicos.

¡Sí, aunque a vuestro corazón honrado cause extrañeza y horror, debo deciros que hay hombres e instituciones que no tienen otra ocupación que esa: quitar a Dios a los niños.

Eso es lo que se ha dado en llamar enseñanza laica.

Y yo quiero, puesto que una triste y repetida experiencia me lo ha dado a conocer, enseñaros toda la desgracia de esos pobres niños.

Lo que saben.—El niño de la escuela laica sabe muchas cosas.

En las demás escuelas conténtanse los maestros con que los niños sepan un poco de Doctrina, cuentas, lectura, escritura y demás rudimentos compatibles con su terna inteligencia.

Pues, bien, el niño de la escuela laica, a más de todo eso, menos la Doctrina, sabe mucho más: sabe odiar, reirse y maldecir.

¡Triste saber en verdad!

¿Dios, la Religión, el sacerdote, la autaridad, la patria, el patrono...?

¡Vaya si sabe bien el odio que debe tener a todo eso!

¿El cielo que premia a los buenos y el infierno para castigar a los malos?

El sabe reirse muy bien de todo eso.

Es mucho lo que sabe el niño laico!

—Ahora, que es mucho más.

Lo que no sabe.—No sabe lo que es la virtud, y, por consiguiente, no sabe lo que es la pureza, que hace de los niños ángeles; no sabe lo que es la paciencia, que hace al hombre superior al dolor; no sabe lo que es la abnegación, que es la que forma los corazones de los héroes; no sabe lo que es un Cristo crucificado, ni una Virgen de los Dolores, ni un alma que se sacrifica en silencio, ni lo que hay que hacer cuando el sufrimiento amarga la vida, o cuando los honores amenazan cegar la vista de los encumbrados...

¡Pobrecillo! No sabe lo que dicen las lágrimas de la Virgen de los Dolores a los niños que no tienen madre, ni lo que dicen los brazos abiertos de Cristo crucificado a todas las almas que padecen dolores o abandonos...

¿Qué es lo que enseñan por fin al niño en la escuela laica?

Le enseñan a decir que no a todo lo que hasta ahora el sentido común, el sentimiento, la razón, la fe, Dios mismo, han dicho que sí.

¡Desgraciado!

El niño que no tiene pan puede pedirlo de puerta en puerta y encontrarlo; el que no tiene hogar puede encontrar un asilo... pero el que no tiene a Dios ¿que hará? ¿con qué lo va a suplir? ¿con un no?, es decir, ¡con el vacío!

¡Pobre inteligencia, pobre corazón, pobres ojos perpetuamente condenados a mirar y a amar el vacío!

¡Pobre niño laico, mil veces pobre! ¡Y son tantos ya! ¡Claro! dicen que la escuela del porvenir, que el ideal del progreso, es la escuela laica y el hombre laico!

¿Sí? pues ¡malhaya el progreso que hace al niño de hoy y al hombre de mañana tan desgraciados.

El remedio.—¿No sería un gran remedio para acabar con todos los niños pobres y todos los pobres niños, establecer en cada pueblo una escuela muy grande, presidida por un Crucifijo muy grande también, y acompañada de una cocina no menos grande?

En la escuela se llenarían de verdad sus inteligencias, en el Crucifijo se llenarían de amor sus corazones, y en la cocina se llenarían de comida sus estómagos.

Y vamos a ver: una inteligencia llena de Dios, que es la verdad, y un corazón lleno de amor puro y un estómago satisfecho, ¿no hacen a un niño feliz?...

¡250 PESETAS!

Nuestro reverendísimo Prelado se ha dignado concedernos para nuestra propaganda 250 pesetas, de la recaudación habida el día de la Buena Prensa en 1919, y este donativo con que se nos honra es para nosotros, aparte de su valor material, de estímulo incomparable y un motivo más de agradecimiento.

Ser protegidos en nuestra obra y además recibir frases de aliento, de aprecio y estimación para RELIGION Y PATRIA del bondadosísimo Sr. Obispo que santamente rige esta Diócesis, es el mejor sello de aprobación a nuestras campañas y a la ayuda de nuestros cooperadores.

Ilustrísimo Señor: queremos seguir siempre bajo la bendición del buen Pastor, que Dios puso para guía y salvaguardia de la grey asturiana.

EL MEJOR OBRERO

Mirad en su alba frente las arrugas que pusieron los años y el trabajo, ved las hebras de plata

de sus cabellos largos,

y pensad como él, que santifica el continuo bregar a Dios orando.

Cuando el sudor inundó vuestro rostro y se endurezcan vuestras nobles manos,

no maldigáis la suerte;

pues sólo es el engaño

fascinador e inquieto quien os dice

que la paz no se encuentra en el trabajo.

Que la virtud y el bienestar, son nada,

¡palabras de otros tiempos!, humo vago,

que un momento se extiende

por el ingente espacio,

y que muere al instante, pues su vida

es la vida veloz del fuego fatuo.

¡Obreros, hijos del hispano suelo!

¡obreros honorables y cristianos!,

miráos en el ejemplo

del Patriarca Santo

y pensad como él, que santifica

el continuo bregar a Dios orando.

Vicente Mena Pérez.

La fe de nuestros militares

Lo demuestra el siguiente emocionante hecho, que insertó el «Diario de Navarra», y que lo transcribimos para edificación de nuestros lectores.

Es en el regimiento de Almansa. Don Joaquín Mur, Capellán del Cuerpo, empieza la preparación de los soldados para el cumplimiento pascual, diciéndoles:

«Vamos a prepararnos, como cristianos que somos, para cumplir con la Iglesia, o sea para recibir dignamente, todo lo dignamente que podemos hacerlo los hombres, los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Todos vosotros sabéis lo que son y significan tan grandes Sacramentos: os lo han enseñado vuestras madres, vuestros padres, vuestros párrocos, vuestros maestros. Lo habéis practicado muchas veces. Es menester prepararse excitándose al dolor de haber ofendido a Dios nuestro Señor, y al propósito de la enmienda...

Esta será la preparación para todos; pero puede haber entre vosotros alguno que necesite preparación especial... ya por haber tenido la desgracia de no haber aprendido el Catecismo o la de haberlo olvidado, ya por no haber tenido la dicha de practicar nuestra santa Religión.

Si alguno de vosotros se encuentra en este caso, que lo diga con franqueza. Aquí me tiene a mí, que soy su párroco, su amigo, su padre y su madre, y que le enseñaré lo que no sepa, le recordaré lo que haya olvidado...

Ninguno tenga vergüenza ni cortedad... La cortedad y encogimiento, hijos míos, no son cosas propias de valientes soldados, como sois vosotros. Aquí estamos entre camaradas y amigos... A ver, si alguno necesita de preparación especial...»

Uno de los muchachos da dos pasos al frente, con marcial arrogancia y emocionado; pero como se emocionan los hombres en los momentos serios: varonilmente, sin cortedad de niño ni sensiblerías femeninas, dice:

—Mi capellán, yo la necesito.

—¿No has comulgado nunca?

—Menos todavía, mi capellán.

—¿No te has confesado? ¿No te han enseñado el Catecismo?

—Menos, mi capellán, no estoy bautizado.

—¿Y quieres bautizarte? ¿Quieres ser cristiano?

—Ardientemente lo deseo. A mi padre, que era muy buena persona, le sedujeron los republicanos de mi pueblo, y le dio porque sus hijos no habían de bautizarse. Yo así me he encontrado, y desde que me di cuenta de mi situación quiero salir de ella y bautizarme; pero las vicisitudes de la vida y el dejarlo para mañana, lo han ido difiriendo. Yo pido a usted, mi capellán, que de ahora no pase.

—Y no pasará, hijo mío, por la misericordia de Dios.

El capellán fué a ver al capitán de día, don José Moreno, y le contó lo sucedido. El capitán recibió la noticia con el mayor entusiasmo.

—Yo me ofrezco—dijo—para padrino, y corro con todo lo que sea menester para bautizar este buen muchacho.

Después fué a ver al coronel, don José Morales; y si grande había sido el entusiasmo del capitán, no menor fué el del coronel, al enterarse sucesivamente del caso; llamaron al soldado y tuvieron la satisfacción de oírle manifestar sus deseos ardientes de ser cristiano.

El coronel comunicó a todos los jefes y oficiales la feliz noticia. Y todos acogieronla con el júbilo que hubieran tenido en semejante ocasión los oficiales de Pelayo, San Fernando y los Reyes Católicos, los capitanes de Carlos V, Hernán Cortés, don Juan de Austria y Alejandro Farnesio, o los de Castaños y don Mariano Álvarez en la guerra de la Independencia. La Patria dejaba oír su voz en los corazones de sus hijos más heroicos, o, mejor dicho, era España, la España vieja, la España nueva, la España de siempre, la que sentía y hablaba por aquellos sus hijos dignos de ella.

Preguntó el coronel a los jefes y oficiales:

—¿Celebraremos el bautismo de nuestro soldado privada o secretamente, con una fiesta íntima, o deberá ser este acontecimiento motivo para un acto solemne, en que se manifieste el regimiento?

Todos a una, respondieron:

—Fiesta solemne del regimiento. El regimiento es el padrino del soldado, y nuestro coronel, como primer jefe, lo será a nombre y en representación del Cuerpo.

—Yo me había ofrecido a serlo—dijo el capitán Moreno—; pero, ante esto, cedo con sumo gusto lo que ya consideraba como un derecho.

—En el bautismo—repuso el coronel—hay padrino y madrina. Yo soy el padrino del soldado Castellón Aguirre, y la señora del capitán Moreno tendrá la bondad de ser la madrina. Después del bautismo viene la confirmación, y en ella el capitán Moreno será el padrino y mi mujer la madrina.

El capellán instruyó al catecúmeno y siguió el expediente canónico. Por fin llegó el día solemne. Fué una gran fiesta cristiana y militar. Tomó parte en ella todo el regimiento, y no sólo el regimiento, sino todos los Cuerpos de la guarnición; y no sólo las autoridades militares, sino las civiles y todo el católico vecindario de Pamplona. Tuvo la tropa rancho extraordinario, tocaron las músicas, fraternizaron militares y paisanos, jefes, oficiales, clases y soldados; todos en la perfecta y santa armonía que inspiran los sublimes sentimientos religiosos y patrióticos.

¡Qué hermoso, qué conmovedor y qué

español es todo esto! ¡Cómo vibra en esta sencilla historia el corazón inmortal de la madre España, del verdadero pueblo español, en que entran todas las clases y jerarquías, los que mandan y los que obedecen, los antepasados y los contemporáneos, los que gloriosamente murieron y los que honradamente viven!

Asociación de ideas

—¿Y dice usted que este edificio en construcción es lo que van a llamar «Casa del Pueblo» a estilo socialista?

—Sí, señor.

—¿Costeado con el donativo forzoso de muchos obreros y voluntario de muchísimos patronos y otras personas respetables?

—Sí, señor.

—El caso me trae a la memoria aquella conocida fábula de Samaniego, titulada «El hombre y la culebra», que dice así:

*A una culebra que de frío yerta
En el suelo yacía medio muerta,
Un labrador cogió; mas fué tan... memo (1)
Que incautamente la abrigó en su seno.
Apenas revivió, cuando la ingrata
A su gran bienhechor traidora mata.*

—¿Qué quiere usted decir con esto?

—Esa casa dará la respuesta en tiempo oportuno, como la van dando otras del mismo jaez.

—¡Ah, ya entiendo!

PLATICAS SOCIALES

II

¡Los pobres! «Si el pobre supiera el tesoro que tiene en su pobreza, sería el más feliz de la tierra.» Al pobre le es más fácil que al rico conseguir el Bien eterno, puesto que, estando menos ligado con las cosas de este mundo (uno de los tres enemigos del alma) más fácilmente se desprende de él. Jesús amó la pobreza hasta hacerse voluntariamente pobre y querer vivir siempre entre pobres y sufrir penalidades ¿para merecer? No, para darnos ejemplo de desprendimiento y resignación. Y se hizo voluntariamente obrero y trabajó toda su vida para que el obrero se vea en El dignificado y en el trabajo vea su mejor medio de redención y un dique fortísimo contra las pasiones. La pobreza hizo los grandes santos. La pobreza en Dios, los pobres que aman a Dios y se conforman en su pobreza son los más felices de la tierra, los más glorificados en el cielo. Por lo contrario, un pobre que reniega de Dios es el ser más desgraciado del universo.

Nunca se me olvidará esto que leí de un excelente conocedor del corazón humano: «Dais al pobre un duro y se pone más contento que unas Pascuas. ¿Cuánto necesitaréis dar al rico para hacerle igualmente dichoso? ¿No son infinitamente más los ricos suicidas que los pobres? ¿Qué de muestra esto?»

«Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Yo os felicito y me felicito también, que no tengo bienes de fortuna. Soy pobre, soy obrero como vosotros que me escucháis.

¡Obreros!: compañeros míos queridísimos, no me miréis con odio, con gesto de reto, de insulto, de amenaza. El odio no es bueno para otra cosa que para ha-

(1) En el original dice bueno, pero aquí está más apropiado este otro calificativo, aunque no sea consonante.

cer el negocio redondo de los que os instruyen con sus discursos y periódicos en la mentira y os adiestran en el atentado. Yo siempre os he predicado la verdad, aunque no me la queráis creer y quisiera adiestraros únicamente en la práctica de las virtudes que son el firme baluarte contra el mal.

Vosotros trabajáis ocho horas, yo trabajo muchas más, y puede que en peores condiciones. Mi sueldo de oficina no puede compararse ni con mucho al que vosotros estais disfrutando en estos tiempos. Vosotros lo sabreis tan bien como yo, que no es la peor pobreza la que viste blusa sino la que gasta chaqueta o levita.

La clase media... a la que yo pertenezco, es la que más sufre las consecuencias de la lucha entre vosotros y los patronos. Sí... ya os oigo. Asociémonos.

La asociación es un bien para la mejor defensa de nuestros intereses, pero ¡ay! que de este medio se ha abusado ya y se abusa, como sabéis vosotros mejor que yo, aunque se os niegue la libertad de pregonarlo.

Protestásteis de la tiranía del patrono y para libraros de ella caísteis en otra peor. Oid esto que dice un periódico obrero, libre de presiones rojas:

«Ahora existe un patrono único, que va suprimiendo todos los demás patronos para ser el amo universal. Se despierta una mañana de mal humor, y dice:

—Hoy no se trabaja en tal oficio o en ninguno—. Y, con el reloj en la mano, ordena y manda sin apelación que en tal hora, en tal minuto, cese el trabajo.

Hay algunos que creen bien remunerado su esfuerzo y quieren continuarlo. El amo lo prohíbe; y si el trabajador insiste, lo condena, y hasta llega a aplicarle la pena de muerte.

Pasan días, u horas, y el amo manda:

—¡A trabajar!—Y con el reloj en la mano, observa cómo se cumple la orden, para aplicar el castigo al que se atreva a quebrantarla.

—Dadme una parte de vuestro salario, que yo administraré reservadamente—. Y ¡ay del que se atreva a negar el impuesto!

Poned ahora todas esas condiciones en un patrono cualquiera y resultaría lo siguiente: Un hombre que dispondría de la vida, de la libertad y del trabajo de los otros, sin más ley que su voluntad.

¿Y qué sería esto más que la restauración de la esclavitud? Pues ese patrono existe; no es una persona física, es una entidad formada por varias.

Y porque se llame Sindicato, o Casa del Pueblo, ¿han cambiado de naturaleza la esclavitud y el tirano?»

No; en esta clase de sociedades no podemos ni debemos caer los que tengamos conciencia plena de nuestra dignidad y de nuestra misión. Vosotros mismos lo reconocéis así, pero no os atrevéis a romper con esas entidades en las que se han metido unos cuantos presidiarios y asesinos para deshonorar al obrero que desea trabajo, equidad y justicia.

Ya no son estas sociedades obreras como las de otros tiempos que, en la reciente Conferencia internacional del Trabajo celebrada en Nueva York, alguien recordó con pena de no ver imitadas hoy: «Ved cómo se llevó a cabo la organización económica de la Edad Media; ni fueron los príncipes, que bastante tenían que hacer con sus guerras, ni los legisladores, que apenas se cuidaban de esas cosas, y menos los capitalistas, que entonces, como ahora, buscaban el negocio por encima de todo; ellos, ellos, los interesados, los humildes obreros fueron construyendo los

gremios al amparo del espíritu cristiano que llenaba la atmósfera social, y al calor de la Iglesia, que estimulaba y bendecía sus iniciativas. Lo que ellos establecían en sus estatutos era después ley que los gobernantes copiaban o imponían; ellos supieron fundir en una sola empresa al patrono y al obrero. Claro está que así no eran posibles los negocios escandalosos ni se podían hacer fortuna: coisales con el trabajo de los pobres; pero tampoco era posible el «soviet» ni había razón alguna para ser anarquista.»

Queréis, sí, vuestra dignificación, que se os considere y trate como es de justicia, pero vais para ello por caminos muy opuestos. Se os han exagerado extraordinariamente vuestros derechos sin recordaros para nada vuestros deberes para con el patrono, para con la familia y la sociedad en que vivís. Todos como vosotros tienen derecho a ser respetados y a no ser explotados y sobre todo aquel sublime Obrero de Nazaret, que por lo mismo que nos dió su sangre, su vida, su amor, nos exige en justa correspondencia y dentro de las facultades de nuestro ser que no le despreciemos, que le obedezcamos como a Redentor nuestro.

Somos muy largos en pedir, pero muy escasos en dar.

Si, ya se, queridísimos compañeros, que no es vuestra toda la culpa, ni gran parte de ella. Obrais en muchas cosas con irreflexión, sin percataros de la gravedad y transcendencia de vuestros actos y es que os falta la preparación necesaria, la instrucción conveniente al caso, porque los que de ello debieran preocuparse no se preocupan; de aquí que unos cuantos infames desalmados os manejen a su antojo, en su provecho, consentidos por autoridades débiles hasta el extremo que hoy el oficio de agitador lleva fácilmente a la consecución de un acta en vez de llevar a la horca.

¿Que quién os librará de este círculo de hierro en que gemís esclavos?

Lo sabéis perfectamente porque vais viendo claro, sólo que no lo queréis pregonar ni mostraros rebeldes al mal en tanto haya una «guardia roja» que os sentencie a muerte por desleales.

Pues bien, lo que vosotros no decís por miedo lo va a decir un caracterizado miembro del partido laborista que se ha sentado en el Parlamento británico en 1903, desempeñando en 1908 la presidencia del partido y viendo aumentar su autoridad durante los años de la guerra hasta confiarle Lloyd George un Ministerio. Se trata del ciudadano Henderson. Oid y termino, para que penseis bien sus palabras: «Lo que necesitamos con nuestras reformas es Cristo Jesús. Necesitamos llegar al gran Dador de la vida, al que vino para que tengais vida y la poseais con abundancia. No hay en el mundo fuerza más renovadora que Jesucristo. Tenemos la posibilidad de llegar al ideal inesperado; llevad al pueblo a la fuente de vida verdadera, y cuando sus nuevos ideales sociales y económicos estén enlazados con la vida de Cristo, entonces y sólo entonces será otorgado nuestro ruego tantas veces repetido y se hará su voluntad en la tierra como en el cielo.»

J. O. F.

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGIÓN Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

